

# LA LECTURA DE LA PALABRA DE DIOS EN LA COMUNIDAD MONÁSTICA<sup>1</sup>

*Eduardo Ghiotto, OSB<sup>2</sup>*

## **Presentación del tema**

Al hablar de la Lectura de la Palabra de Dios en la comunidad monástica, se podrían tener en cuenta muchos enfoques. Una primera afirmación general nos puede ayudar a situar el tema en su contexto monástico. El monasterio benedictino-cisterciense está llamado a ser una “casa de la Palabra de Dios”: una “biblioteca” (en el sentido de la *RB*) viviente... Pero, sin detenernos por el momento en todo lo que esto puede significar, tenemos que seguir definiendo la orientación de nuestras reflexiones. Damos por supuestos todos los conocimientos básicos sobre lo que es y lo que no es la *lectio divina* y dejamos de lado las cuestiones que se refieren a la práctica de este ejercicio diario de la búsqueda de Dios en la vida monástica. La tradición monástica nos muestra la excelencia y la eficacia de este camino-método de vida espiritual, y nos presenta frutos preciosos del mismo. Aunque hay que reconocer que la historia de la espiritualidad también subraya largos períodos de olvido y abandono, incluso en los monasterios, de una asidua lectura de la Palabra de Dios.

Otra observación inicial me lleva a recordar un límite del tema: hablamos de la lectura de la Palabra de Dios. Esto se refiere, ante todo, a lo que llamamos *lectio divina*. Pero tengamos en cuenta que no toda lectura de la Palabra de Dios es *lectio divina*, ni toda *lectio divina* es exclusivamente una lectura de un texto bíblico. La *RB 73* presenta una “biblioteca” ampliada en la que aparecen las obras

---

1 Publicado en *Cuadernos Monásticos* n. 96-97, año 1991, pp. 127-141.

2 Antiguo Abad de la Abadía del Niño Dios, de Victoria, Entre Ríos, y antiguo Presidente de la Congregación Benedictina de la Santa Cruz del Cono Sur, Argentina, fallecido el 12 de junio de 2011.

de los Santos Padres Católicos. Nosotros hablaremos aquí solamente de la lectura de la Sagrada Escritura.

Otro importante marco de referencia lo da el tema general de este VI EMLA: La vida monástica en América Latina y la nueva evangelización. Por eso, nuestra reflexión va a girar alrededor de estos tres polos: nueva evangelización - vida monástica - lectura bíblica.

Teniendo en cuenta todo lo dicho hasta aquí, comienzo haciendo una breve descripción de la situación eclesial y monástica; luego recordaré algunos presupuestos teológicos, los diversos modelos de lectura bíblica y algunos factores culturales. Así podremos, luego, hacer un trabajo de reflexión en grupos, que nos permita mirar el futuro con esperanza y optimismo.

## **1. La Palabra de Dios en la vida de nuestra Iglesia y de nuestras comunidades monásticas**

La primera evangelización de América Latina se ha hecho en una época de notable eclipse de la lectura de la Palabra de Dios en la Iglesia católica. Conocemos la situación eclesial y el enfoque doctrinal que caracterizaron la acción evangelizadora del Nuevo Mundo. La contrarreforma católica no privilegió la lectura y la difusión de la Biblia. Es lo menos que podemos decir. La evangelización y la predicación se hicieron presentando hechos y personajes bíblicos, pero no existió una preocupación por la lectura directa y global de la Palabra de Dios. La existencia de temas bíblicos en los catecismos de la colonización es evidente: la creación, el pecado original, la encarnación, la Virgen María, la vida de Cristo, etc. Todo esto se llevó a cabo, no por una lectura directa del texto sagrado por parte de los creyentes, sino con la mediación de los predicadores, catequistas, y con lecturas de autores eclesiásticos.

El último siglo vivió una gran renovación, promovida en gran parte por los estudios críticos de la Biblia y por todo el movimiento bíblico, que aunque bastante tarde llegó también a América Latina. Este florecimiento tiene su culminación gloriosa en el Vaticano II, y especialmente en la Constitución *Dei Verbum* (18-11-1965). ¿Qué sucedió en los veinticinco años que van desde su promulgación hasta 1990? Los miembros del Sínodo extraordinario de 1985 y el mismo Sumo Pontífice Juan Pablo II reconocieron que su aplicación fue muy descuidada. Sin embargo, frente a esta constatación negativa, tenemos que anotar dos hechos alentadores: el primero es el crecimiento, en las comunidades monásticas y en muchas comunidades religiosas, del aprecio por la Sagrada Escritura y del asiduo

estudio de la misma. Otro tanto debemos decir de la práctica de la *lectio divina*. El segundo hecho es la constatación optimista hecha por los participantes del II Encuentro Latinoamericano de Pastoral Bíblica, en Mendes (Brasil). En sus conclusiones se afirma que la Palabra de Dios va modificando profundamente toda la pastoral, siendo cada vez más el fundamento y la fuente de la misma.”La Biblia –dicen– se encuentra en las manos del pueblo como al comienzo de la Iglesia. Es el libro de la comunidad. El estudio y la formación bíblica tienen un fuerte impacto en todos los niveles de la pastoral”.

En estos años se han creado *Instituciones* que promueven la difusión bíblica y se han promovido programas de lectura y de estudio de la Biblia. Quizás los monasterios podrían preguntarse si no deberían comprometerse con algunas de estas obras. Muchos ya lo hacen y están recogiendo buenos frutos. A este respecto, se puede mencionar el trabajo de la Federación Bíblica Católica Mundial (FEBICAM).

Como resumen de la situación actual con respecto a la lectura de la Biblia, podemos citar lo que dice el *Instrumento preparatorio* del CELAM en vistas a la IV Conferencia General del Episcopado Latinoamericano:

“En esta década, la Iglesia Latinoamericana ha vivido un movimiento significativo de lectura de la Biblia por parte del pueblo, particularmente en las pequeñas comunidades, en los grupos cristianos y en los movimientos apostólicos. Es un movimiento que se está realizando con metodologías muy variadas y populares, algunas de ellas originadas en América Latina. Así la Biblia se ha convertido en el alimento principal de las comunidades eclesiales de base, de los grupos de laicos comprometidos y de los movimientos apostólicos. Hay que señalar que a la base de todo este esfuerzo se han realizado cursos de formación de agentes de pastoral que puedan acompañar esta labor. Esta tarea no ha sido fácil. Se han suscitado conflictos, al interior de nuestra Iglesia, de uno u otro signo, principalmente a causa de ciertas ideologías. A la base de la pastoral bíblica ha estado el descubrimiento del poder de la Palabra por parte de nuestro pueblo, particularmente a partir de la *Dei Verbum*” (p. 140).

Si ahora nos preguntamos cuál es la situación en las comunidades monásticas en relación con la lectura de la Palabra de Dios, podemos decir que, al menos a nivel de deseo y de proyecto, se está viviendo una “primavera bíblica”. Es notable el aprecio general de la *lectio divina*, entendida sobre todo como lectura de la Biblia. Pensamos que la práctica de la misma corresponde a tal aprecio. Quizás uno de los signos más positivos y alentadores para encarar una nueva

evangelización sea precisamente el nuevo lugar que se le concede a la lectura de la Palabra de Dios en la pastoral, en la catequesis y en la espiritualidad. Y en esto, la presencia monástica puede contribuir con el aporte de su tradición.

## 2. Algunos presupuestos teológicos

Para poder valorar la importancia y la eficacia de la lectura de la Palabra de Dios en el contexto de la nueva evangelización en América Latina y en nuestras comunidades monásticas, se hace necesario recordar algunos principios teológicos y luego describir los diversos modelos de lectura de la Biblia que presenta la historia de la hermenéutica. Finalmente, hay que señalar algunos factores culturales que influyen en la misma lectura.

Sin pretender agotar el tema, me parece útil, en primer lugar, reflexionar sobre la relación existente entre la evangelización y la lectura de la Biblia. La evangelización cristiana no es el resultado de un estudio ni de la simple “lectura” de un texto escrito. Es verdad que a veces se dice que el cristianismo es una de las “religiones del libro”. Sin embargo, según *Rm 10,17 la fe nace de la predicación*, que hace OÍR una Palabra viva. La estructura y el dinamismo de la evangelización cristiana es *interpersonal*. La Palabra se hace viva por el testimonio de alguien que la anuncia y por la vida de una comunidad (Iglesia) que la encarna en un programa de vida o en una celebración de la fe. Esto significa que la evangelización se hace por medio de una Iglesia y en una Iglesia viva. La Palabra “escrita”, y lógicamente su “lectura”, no es necesariamente el comienzo de la evangelización. Se sitúa, más bien, en otra dimensión. Es una instancia y un medio de “memoria”, de “actualización” y de “profundización” de la fe recibida... Esta sería la función de la Palabra escrita y de su lectura en el proceso evangelizador. Resulta conveniente distinguir la palabra-dicha-oída de la palabra-escrita-leída. Cristo no mandó escribir-leer, sino anunciar-predicar-obrar. Así nació una comunidad de creyentes orientada y animada por el testimonio de los apóstoles. La vida de fe, de oración y de caridad de esa comunidad quedó reflejada y fijada en la Escritura, que así se convirtió en un auténtico espejo de la vida de fe de la comunidad apostólica y luego en norma de doctrina y de vida para la Iglesia post-apostólica. La lectura de esta Palabra escrita es una manera de recordar lo que Dios hizo, de recibir su enseñanza, de actualizar su mensaje y su acción salvadora, y de orientar y normalizar la vida de los creyentes. Toda comunidad creyente busca confrontar su vida con esta Palabra y alimentarse de ella. Cuando la Iglesia evangeliza y cuando vive su fe, debe mantener una relación vital con esta Palabra escrita,

porque ella es la auténtica cristalización de todo el proyecto histórico-salvífico de Dios en Cristo. Esta afirmación no pretende ser una constatación de lo que en realidad sucedió a lo largo de la historia. Si analizamos serenamente la historia de la evangelización, creo que constatamos que no siempre se ha entregado directamente la Palabra escrita a los catecúmenos o a los bautizados. Casi siempre se han usado mediaciones, traducciones o adaptaciones. La misma espiritualidad del pueblo cristiano y de las comunidades monásticas se ha estructurado y se ha alimentado en otras fuentes.

Después de haber examinado la relación existente entre la evangelización y la Palabra escrita, me parece necesario decir algo sobre la vitalidad y la fuerza de esa misma Palabra. Sabemos que la Palabra de Dios no se limita a los libros de la Sagrada Escritura, aunque sea esta el lugar y el momento privilegiado de la misma. La “Palabra” nos ofrece el acontecimiento salvífico, es decir, a Dios mismo, que se compromete en la historia del hombre revelándose y entregándose a sí mismo: acontecimiento que alcanza su punto culminante en Jesucristo muerto y resucitado y en el don del Espíritu Santo. Este es el aspecto dinámico de la Palabra de Dios, puesto de manifiesto en la *Dei Verbum* (nº 2). A este aspecto dinámico hay que añadir la dimensión vital: la Palabra de Dios es una realidad que tiene una vida propia. Dios está presente en ella. Y como es algo vivo, también crece y da frutos. San Gregorio Magno decía que la Escritura crece y progresa con el que la lee: *Scriptura crescit cum legente*<sup>3</sup>.

La Palabra de Dios se hace viva y actual de una manera privilegiada en la *celebración litúrgica*. La relación entre Palabra de Dios y liturgia no es algo superficial o artificial, sino que señala el medio más común con que han sido producidos la mayoría de los textos sagrados y han llegado hasta nosotros como portadores de salvación. Así, Cristo se hace presente también por la proclamación de la Palabra de Dios en la liturgia, ya que –como dice el Vaticano II– “está presente en su Palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura es ÉL QUIEN HABLA” (*Sacrosanctum Concilium* 7).

### 3. Diversos “modelos” de lectura bíblica

Además de los principios doctrinales, cuando se trata de la lectura de la Biblia hay que analizar los métodos de interpretación de la misma. La historia de la hermenéutica bíblica nos enseña muchas cosas buenas y útiles. La variedad

de “modelos de lectura” y la existencia de “relecturas” no es una cuestión que haya surgido en los últimos años. Existieron desde el comienzo y dentro de la misma Biblia. Baste recordar cómo en el mismo período veterotestamentario se hacían relecturas de los escritos sagrados anteriores. En todas ellas se manifiesta la firme convicción de que la Escritura era una Palabra viva y actual de Yahvé. La reforma deuteronomística promovida por el rey Josías y el profeta Jeremías, y la renovación post-exílica de Esdras y Nehemías tienen como punto de partida un redescubrimiento de la Palabra o la proclamación solemne de la misma. La Palabra leída, convoca y renueva al Pueblo de Dios. Existe un modelo o un método de lectura bíblica en el AT, que puede ser una eficaz ayuda para nuestra lectura actual. Se podría describir así: los profetas, los sacerdotes y los orantes toman textos antiguos para expresar su mensaje propio. Así surgió un modelo, que podemos llamar “judío”, de leer la Biblia. Para designarlo, se puede recurrir al término genérico de *midrásh*.

“El *midrásh* es un estudio, una investigación del sentido de los textos sagrados. No del sentido que podían percibir en otro tiempo los hombres a quienes estaban destinados en un principio, sino del sentido que *tienen hoy* y de la luz que proyectan sobre los problemas actuales del presente. Para descubrir este sentido, hay que *hacer hablar* a los textos, detectar a través de sus palabras el aspecto del misterio de fe que iluminan, comprender su alcance en función de una revelación que forma un todo y que crece con el tiempo. Relacionándolos unos con otros, leyéndolos en una nueva perspectiva histórica y teológica, se descubre en ellos un valor indiscutiblemente más profundo. Por ejemplo, desde que ya no hay rey en Jerusalén, los salmos reales conservados en el culto sirven para cantar por adelantado al Mesías futuro: exégesis encarecedora, que muestra la ampliación de las concepciones mesiánicas desde la época en que fueron compuestos tales salmos. Para realizar esta operación práctica, gracias a la cual la Palabra de Dios ejerce su papel normativo en la comunidad, se utilizan ocasionalmente todos los medios proporcionados por la cultura judía, tan dependiente en este punto de las culturas vecinas”<sup>4</sup>.

Si del Antiguo Testamento pasamos al Nuevo, la primera pregunta que nos hacemos es: ¿cómo leyeron los textos sagrados Jesús y los apóstoles? En *Lc 4,16* se dice: *Vino (Jesús) a Nazará, donde se había criado, y según su costumbre entró en la sinagoga el día de sábado, y se levantó para hacer la lectura. Y*

después de leer el texto de *Is* 61,1-2 sigue diciendo Lucas: *enrollando el volumen, lo devolvió al ministro, y se sentó. En la sinagoga todos los ojos estaban fijos en él. Comenzó, pues, a decirles: “Esta Escritura, que acabáis de oír, se HA CUMPLIDO HOY” (Lc 4,20-21)*. Toda la lectura neotestamentaria se hace en la perspectiva del CUMPLIMIENTO. Según Albert Vanhoye, para el cumplimiento de las Escrituras es preciso que se cumplan tres condiciones.

La primera es la existencia de una relación de parecido y de continuidad. Si la realidad nueva que pretende suceder a la antigua no guarda ninguna relación con esta, no podría hablarse de cumplimiento. Al contrario, habría que hablar de innovación pura y simple, y sería imposible situar esta innovación dentro del designio de Dios preparado y anunciado desde antiguo. La segunda condición –no se piensa espontáneamente en ella– es que la realidad nueva no sea semejante a la antigua en todos sus puntos. De lo contrario, nos seguiríamos encontrando en el nivel de las preparaciones, en vez de pasar al de la realización definitiva. Un cumplimiento divino nunca es una repetición de lo que ya se hizo. Supone siempre unas diferencias y unas rupturas, ya que se sitúa en otro nivel. Este nivel es, lógicamente, un nivel superior. Esta es la tercera condición para el cumplimiento. Las diferencias observadas tienen que iluminar los límites y las imperfecciones antiguas: tienen que ir en el sentido de un progreso decisivo e imprevisible, que manifieste la intervención creadora de Dios... Parecido, diferencia, superioridad o, en otros términos, continuidad, ruptura, superación: estas son las tres clases de relación que se encuentran siempre, en un verdadero cumplimiento, entre la realidad nueva que entonces se establece, y la preparación antigua a la que acaba de ponerse un término<sup>5</sup>.

Los apóstoles y los hagiógrafos del Nuevo Testamento practicaron esta lectura de los textos antiguos para transmitir su mensaje propio.

La época patrística inaugura un nuevo modelo de lectura bíblica. La óptica o la perspectiva general de los Padres cuando leen la Biblia es la *historia salutis*. Por eso, no buscan en los textos sagrados una serie de verdades. La Biblia no es una cantera de la que puedan extraer materiales para una construcción propia. Para ellos, la Biblia es una simple narración de lo que Dios hizo en el pasado y hace en el presente: la salvación de los hombres. La historicidad incluye, para ellos, el ayer y el hoy, existe una continuidad intrínseca, homogénea y en continuo desarrollo y crecimiento hacia el futuro escatológico. El ayer, el hoy y el mañana

se unen en el único obrar salvífico de un Dios personal y viviente, que muestra su fidelidad de generación en generación. Para ellos, los dos testamentos están necesariamente unidos en Cristo y no pueden interpretarse ni leerse aisladamente. El tema de la unidad de la Biblia resulta así fundamental y se convierte en un principio hermenéutico imprescindible. Esta lectura patrística tiene también un sabor especial: le da “sabor” a la vida de los creyentes y hace saborear las cosas de Dios. Es una lectura sapiencial y vital...

¿Cómo desarrollaron los Padres este modelo? Tomando como punto de partida la distinción entre la “letra” y el “espíritu”, los Padres practicaron una lectura acorde con los procedimientos prácticos proporcionados por la cultura del tiempo.

Los medios helenísticos, particularmente en Alejandría, ponen en práctica una técnica de explicación de los textos, de la que la exégesis bíblica podrá sacar partido, exactamente como la teología cristiana utiliza el lenguaje de la filosofía griega para hacer un mensaje accesible a los espíritus cultos. Esto explica que a partir de Orígenes la *alegoría* venga a ser un método corriente, gracias al cual la catequesis cristiana halla en todos los textos inspirados un punto de partida y un apoyo. Filón había dado el ejemplo cuando había ligado a la Biblia su doctrina filosófica. En los Padres la operación sufre una profunda transformación: no mira ya a conducir a los espíritus desde las realidades sensibles a su significado inteligible, a riesgo de perder el contacto con el mundo terreno y con la historia, sino a hacerlos pasar de las realidades a la realidad prefigurada, de la economía preparatoria a la realización histórica de la salvación y luego a su consumación más allá del tiempo.

Esta originalidad de la alegoría cristiana tiene evidentemente su fuente en los datos del Nuevo Testamento. Esto no quita que la explotación sistemática de los textos, gracias a esta dialéctica de los símbolos, lleve la marca de un tiempo y de un ambiente. Por lo demás, no todos los Padres de lengua griega recurren a este método en el mismo grado y de la misma manera. En el medio antioqueno, menos platonizante y más abierto a la filosofía de Aristóteles, se prefiere a la alegoría una *theoría* que en principio respeta mejor la consistencia propia de la letra y de la historia, aunque tratando de superarlas. El Occidente cristiano, llegado más tarde a la teología y a la exégesis, es tributario de estos métodos. Sabe, sin embargo, adaptarlos a su espíritu menos especulativo y más jurídico. San Jerónimo sentará incluso las bases de una cierta crítica que reaccionará, por lo menos teóricamente, contra el

abuso de la alegoría. Pero, por otra parte, los procedimientos de análisis en boga entre los gramáticos y retóricos de la latinidad decadente serán ampliamente utilizados aquí para comentar la Escritura, como lo vemos en San Agustín y todavía más en San Gregorio Magno<sup>6</sup>.

Para terminar la descripción del modelo patrístico de la lectura de la Biblia, hay que hacer referencia a la doctrina de los sentidos de la misma. Juan Casiano (+ hacia 435) habla de cuatro sentidos de la Escritura: 1) histórico o literal; 2) alegórico o cristológico; 3) tropológico, moral o antropológico; 4) anagógico o escatológico. Esta división daría lugar más tarde al famoso verso *littera gesta docet, quid credas allegoria, moralis quid agas; quo tendas anagogia*: la letra enseña los hechos; la alegoría lo que debes creer; la moral, lo que debes hacer; la anagogía, hacia dónde tiendas. Casiano ilustra esta teoría con un ejemplo. La Jerusalén mencionada en la Biblia es, en sentido literal, una ciudad judía; alegóricamente, se refiere a la Iglesia de Cristo; tropológicamente, designa, el alma humana; anagógicamente, equivale a la ciudad celestial.

En este clima exegético el sentido literal tenía importancia histórica, mientras que los demás eran esenciales para la fe y la conducta. La mística monástica, la predicación dirigida a los fieles y la búsqueda de material teológico en las escuelas dependía estrechamente de los sentidos supraliterales y daban un tono predominantemente no literal a la exégesis de la Edad Media<sup>7</sup>.

Con esto dejamos el período patrístico, con su modelo propio de lectura bíblica, para pasar a la Edad Media.

Aquí nos encontramos con nuevos modelos de lectura bíblica. Podemos recordar los dos más comunes: el escolástico (*lectio scholastica*) y el monástico (*lectio divina*). La *lectio* monástica es la heredera directa de la *lectio* patrística. Guigo el Cartujo, en el siglo XII, describe la estructura y el itinerario interior de la *lectio*, mostrando los cuatro “escalones” de la misma: *lectio - meditatio - oratio - contemplatio*. No se trata necesariamente de momentos sucesivos de un ejercicio espiritual, sino más bien de cuatro modos de encuentro y de respuesta con el Dios vivo presente en la Escritura animada por el Espíritu Santo. Momentos de interiorización cada vez más completa de la Palabra de Dios, para captar su significado cada vez más existencial y concreto; formas de reinterpretar

6 P. GRELOT, *op. cit.*, pp. 258 ss.

7 R. E. BROWN, *Hermenéutica en: Comentario Bíblico “San Jerónimo”*, L. V. 71: 41, p. 296.

y actualizar la misma Palabra confrontándola con las situaciones personales y comunitarias en las que vive el lector. Esta lectura se hace siguiendo la dinámica del Espíritu, presente en ella y presente en el lector. El sentido “espiritual” de la Escritura no es una simple acomodación piadosa de un texto a una verdad o a alguna situación imaginaria del lector, en la que muchas veces no se respeta la verdad de la letra. En el lenguaje patrístico y monástico, el sentido espiritual es el significado, el valor y el dinamismo del mismo texto, que el Espíritu le imprime y que debe ser recibido por el lector. Por eso, el lector, si quiere captarlo y recibirlo en su persona, debe entrar en sintonía vital –pensamiento, sentimiento, obras– con el Espíritu. El aire que respira el que hace esta *lectio* proviene de la atmósfera de la fe, el amor y la esperanza. Solo el que entra en esta atmósfera, el que camina teniendo ante su vista este horizonte, el que vive en esta “cultura creyente”, puede hacer una lectura completa de un texto, que ha surgido de una acción inspiradora de Dios y que está vivificado por la presencia transformadora del Espíritu. No nos detenemos más en este modelo de lectura porque lo conocemos suficientemente.

En la Edad Media, junto con la *lectio* monástica, comienza a desarrollarse la *lectio scholastica*. El lente que usa el escolástico para leer la Biblia es la razón. Y así, descubre en ella una serie de *questiones*. La *lectio* se convierte en la búsqueda, en la cantera de la *Sacra Pagina*, del material necesario para la elaboración teológica. Cuando los maestros del s. XIII introduzcan en la teología la dialéctica aristotélica, con sus exigencias de rigor, se conformará un nuevo modelo de lectura bíblica. La lectura bíblica queda al servicio de la teología racional, sirviéndole como cantera de datos y luego como “autoridad” que corrobora la solución propuesta por el teólogo a la cuestión planteada. Así, pierde valor la alegoría y lo que interesa es el sentido literal, que tenga fuerza probatoria de una afirmación teológica propuesta por el autor como resultado de un razonamiento hecho sobre una premisa de fe y una razón filosófica. Así surgió una lectura bíblica limitada por la óptica racional y subordinada a la teología especulativa. Es un modelo reduccionista, que deja de lado la vitalidad de fe y el carácter sapiencial de los modelos anteriores y la dimensión de la *historia salutis*.

A partir del Renacimiento comienza a formarse un modelo de lectura de la Biblia que estará caracterizado por la crítica. Podemos llamarlo *lectura crítica*. Los humanistas del siglo XVI inauguran una nueva manera de abordar los textos, para descubrir en ellos la antigüedad viva en su lozanía original. A la búsqueda y a la edición de manuscritos, añaden un conocimiento profundo de las lenguas antiguas y de los métodos más objetivos de análisis literario. Además, el gusto general por la resurrección del pasado provoca un afinamiento progresivo de la crítica histórica, hasta que en el siglo XIX la historia misma pretenda alcanzar, a

su vez, la dignidad de ciencia exacta. La lectura crítica, en sus vertientes filosófica, filológica, histórica y literaria, abordó el texto sagrado como un libro humano y permitió muchas veces descubrir la verdadera intención de los hagiógrafos, expresada con las modalidades propias de cada cultura y de cada personalidad. Si hay algo que caracteriza toda la variedad de enfoques críticos, es el leer la Biblia como un conjunto de libros escritos por hombres concretos, por medio de los cuales Dios transmite su mensaje. Los estudios bíblicos modernos se han movido, no siempre pacíficamente, en esta línea de una lectura crítica.

Mientras tanto, en el campo de la espiritualidad cristiana, se desarrollaba la llamada *devotio moderna*. Este camino espiritual se encontraba separado y distante de los estudios bíblicos críticos. La Biblia era leída como un libro de “lectura espiritual”. El paso del viejo método de la *lectio divina* a la “lectura espiritual” de los tiempos modernos demuestra la disminución en la conciencia de los fieles de la primacía de la Palabra de Dios, escuchada en la Iglesia en su momento privilegiado de la celebración de la eucaristía y asimilada vitalmente en la *lectio* personal. La Sagrada Escritura será uno de tantos libros de los que se sirven para hacer lectura espiritual y, dadas las dificultades intrínsecas del texto, irá siendo cada vez más el libro menos leído y menos meditado. El movimiento bíblico-litúrgico-patristico de comienzos de este siglo fue revirtiendo esta tendencia hasta llegar a la gran renovación bíblica del Vaticano II.

En los últimos decenios, en muchos ambientes eclesiales de América Latina, la lectura de la Biblia se ha hecho desde una perspectiva y con una orientación socializante. La sociología ha servido como un nuevo instrumento interpretativo. Creo que se puede considerar este modelo de lectura bíblica como un intento de mostrar la actualidad y vigencia de la Palabra de Dios. En muchos aspectos es una aplicación de los principios de la crítica histórica a una situación social determinada, analizada e interpretada a veces a la luz de la dialéctica de la oposición entre las clases sociales. Otro presupuesto interpretativo de este modelo es la consideración del modo concreto como se fue escribiendo la Biblia. Es evidente –y hay que tenerlo muy en cuenta– que los libros de la Biblia nacieron de la vida de un determinado pueblo, que fue haciendo su historia entre opresiones y luchas en las más variadas situaciones sociales y culturales. La historia del pueblo del A. y del N. Testamento, narrada, evaluada e interpretada por la Sagrada Escritura, es para los creyentes portadora de un mensaje de salvación y, también, norma de fe y de comportamiento. Sin embargo, sabemos que no se puede decir lo mismo de los tramos de la historia de cualquier otro pueblo, en la que necesariamente suceden hechos y existen actitudes que no pueden ser aceptadas como positivas y buenas. No son reveladoras del obrar divino en la historia. Como muchos otros modelos

de lectura bíblica, puede resultar reduccionista y parcial si solo se tienen en cuenta los textos y los hechos que se adaptan a las situaciones personales y sociales o si todos los textos se interpretan solamente desde la óptica de la historia analizada a partir de esquemas cerrados. Tiene, por otra parte, la gran riqueza de mostrar la íntima relación entre la vida y la Palabra de Dios y de mostrar la verdad de la encarnación de la Palabra personal de Dios en la historia de los hombres.

Los enfoques más llamativos de los estudios bíblicos de estos años se orientan a lo que podríamos llamar el fenómeno *del lenguaje y de la comunicación*. Toda palabra, oral o escrita, es un medio útil para establecer una relación entre dos personas. La fenomenología y la filosofía del lenguaje, con todas sus implicancias, en definitiva muestran cómo se establece y se desenvuelve la comunicación interpersonal. La escritura se trasciende a sí misma en el momento en que desaparece para dejar que el autor y el lector sigan en diálogo vital y creativo. En la medida en que el encuentro interpersonal se afianza, la escritura deja de tener vigencia y utilidad. El diálogo, en el caso de la Escritura inspirada, no solo se hace con el texto, sino también y principalmente con el autor del texto. La meta es conseguir una decisión personal ante una Palabra viva que nos interpela. Por eso no tiene sentido aferrarse a la Escritura como si fuera algo absoluto y definitivo. Esta consideración sobre el sentido del lenguaje como medio de comunicación interpersonal, elimina la tentación de usar la Escritura en un sentido fundamentalista. ¡Está escrito! Sin embargo, para evitar una desviación subjetivista y arbitraria de una hipotética y supuesta comunicación personal con Dios, la Escritura inspirada debe ser siempre respetada en su originalidad propia y en su explicación auténtica por parte de la Iglesia. En el caso de la Biblia, hay que recordar, en efecto, que se trata de una palabra que es medio de comunicación y de interpelación pero, al mismo tiempo, norma objetiva de verificación y de autenticidad de la fe. En este modelo de lectura bíblica, la atención se orienta hacia el texto mismo, tal como se me presenta hoy y aquí en su estructura y en su movimiento interno propio, y hacia la relación que establece entre el autor y el lector. El análisis estructural y literario ayuda a descubrir estas posibilidades y a usarlas debidamente para una lectura que produce buenos frutos.

*Resumiendo:* a lo largo de una historia de casi tres mil años, se han ido ensayando diversos modelos de lectura bíblica: la lectura judía; la lectura neotestamentaria; la lectura patrística; la lectura monástica o "*lectio divina*"; la lectura escolástica; la lectura crítica y la lectura estructural. Cada época y cada cultura han aportado sus peculiaridades. Cada una de ellas tiene sus valores y riquezas, como también sus límites y defectos. Corresponde a cada uno hacer una

síntesis personal con todos estos aportes, para descubrir la riqueza siempre nueva de la Palabra viva del Dios que está entre nosotros, también en la Escritura Santa.

#### 4. Factores culturales

Además de los elementos teológicos y hermenéuticos, al hablar de la lectura de la Palabra de Dios en nuestras comunidades, es necesario analizar los condicionamientos culturales y sociales. Esto nos lleva a preguntarnos qué lugar ocupan la escritura y la lectura en nuestra cultura. Luego, relacionando esto con la evangelización, tendríamos que definir la oportunidad de la Biblia como factor decisivo de la nueva evangelización.

En nuestra cultura actual hay que reconocer la preponderancia, en todo el sistema de comunicación y de transmisión de un mensaje o una enseñanza, de los medios audiovisuales y de los recursos de la informática. Todo esto no siempre favorece o desarrolla el hábito de la lectura tranquila y meditativa de un texto escrito. No vivimos en una “cultura del libro”, sino más bien en una cultura audiovisual y técnica. Los jóvenes que ingresan en nuestros monasterios provienen generalmente de un ambiente donde se lee poco. Sobre todo se leen pocos libros. La lectura se reduce muchas veces a diarios y revistas. El gusto y el hábito de la lectura no son muy frecuentes ni desarrollados. La radio, la TV, los audios, los videos y las computadoras han desplazado muchas veces al libro. Esta es la situación real en la que vivimos y en la que hay que hacer la nueva evangelización. Frente a esta realidad nos podemos preguntar cuál será el futuro del libro dentro de nuestro desarrollo cultural y cuál será la función de la lectura en el mismo. Se podrían intentar tres respuestas. Una estaría en la línea de una “denuncia profética”... Mostraría el gran peligro de superficialidad de una cultura que solo se apoye en esos medios señalados, dejando de lado la lectura de un texto escrito. El libro y la lectura permiten una profundización y una interiorización de una verdad o de un mensaje, que difícilmente puedan darlas otros medios. La segunda respuesta podría consistir en aceptar los cambios culturales y sustituir la lectura por los medios audiovisuales y técnicos. Y la tercera respuesta trataría de conjugar lo antiguo con lo nuevo, sumando al antiguo libro los modernos medios de comunicación. ¿Por cuál de estas tres respuestas se inclinarán nuestras comunidades monásticas? Me parece evidente que la Iglesia, en la nueva evangelización, optará por la tercera respuesta, integrando todos los medios y quizás privilegiando los medios de comunicación masiva. Pero se me ocurre que muchas de nuestras comunidades elegirán la primera respuesta. Al

menos en la práctica. Esto sería muy positivo para el conjunto de la realidad eclesial. Sería un aporte peculiar de nuestra presencia monástica. Privilegiamos el libro y la lectura por los valores propios que poseen y porque son elementos útiles y necesarios para la totalidad de la vida de la Iglesia evangelizadora. De esta manera, seríamos fieles a nuestra tradición monástica, según la cual el monje es un hombre que lee. Si antiguamente el monje aprendía a leer y se dedicaba a la lectura, a pesar de vivir en una cultura eminentemente oral, actualmente también puede privilegiar la lectura aunque tenga que vivir en una cultura audiovisual y técnica. Esto sería muy provechoso para toda la Iglesia y también respondería a la aspiración de muchos jóvenes que quieren dedicarse con más asiduidad a la lectura serena y meditativa como medio de profundizar su fe. Es legítimo hacer una opción determinada en este sentido, incluso a nivel comunitario.

Se podrían señalar otros factores culturales y sociales que condicionan o favorecen la dedicación a la lectura de la Palabra de Dios en nuestras comunidades monásticas. En los trabajos grupales surgirán, ciertamente, nuevos aportes.

### **Conclusión: mirando al futuro...**

Los proyectos de la nueva evangelización se están elaborando en todos los niveles. La presencia de las comunidades monásticas en esta nueva etapa de la historia de la Iglesia de Latinoamérica, será también “nueva”. Aquí nos interesaría descubrir un rasgo de novedad que podamos aportar nosotros desde nuestra identidad y en sintonía con la dinámica general de toda la evangelización. Es evidente que en nuestra tradición monástica existe una vertiente bíblica. No es la única, pero es importante. La práctica asidua y perseverante de la “*lectio divina*”, con su debida preparación remota, que exige medios, estudios y tiempo, y la irradiación que normalmente ejerce esta dedicación, pueden contribuir a este aporte eclesial. Pero, podemos preguntarnos sobre el futuro de este método de vida espiritual: ¿tiene futuro la “*lectio divina*” en nuestro ambiente? En las comunidades monásticas, pienso que seguirá manteniéndose y creciendo el aprecio de la Sagrada Escritura y la práctica de la “*lectio divina*”. En la vida del pueblo cristiano, la dedicación a una lectura perseverante de la Biblia quizás no llegue a ser una costumbre generalizada. Siendo realistas, tenemos que aceptar la gran dificultad que existe para que llegue a ser un medio masivo de evangelización. Parecería que seguirá siendo un medio de pequeñas minorías. A partir de estos núcleos, entre los cuales se debería contar a los monasterios, se podría promover una expansión de la lectura bíblica. Para la profundización de la vida de fe, sería

algo muy bueno...

Nuestras reflexiones pueden ahora orientarse en estas direcciones: la *“lectio divina”* en la vida personal del monje; el monasterio como centro de irradiación de la Palabra de Dios; la Palabra de Dios como elemento dinámico de la nueva evangelización; la Palabra de Dios como valor permanente de la cultura de nuestro pueblo. Al mirar al futuro, podemos vislumbrar luces y sombras en estas cuatro direcciones. Dentro de este horizonte, descubrimos un desafío personal y comunitario. Nuestra respuesta debe ser un proyecto de vida que nos convierta en protagonistas entusiastas de la nueva etapa de la historia de la salvación. Dependerá en gran parte de nosotros el que la nueva evangelización sea más bíblica o menos bíblica. Nuestras comunidades podrán ser faros que anuncien la presencia viva de una Palabra que ha plantado su carpa en nuestra tierra para que los hombres tengan vida en abundancia.